

Ferlosio y *Alfanhuí*, o el gusto por contar historias

A Darío Villanueva,
perito en estas ficciones

Es cuando menos sorprendente que un autor de tan parva obra presente dos caras tan distintas y aun contrapuestas en sus dos primeros y durante mucho tiempo únicos libros de ficción publicados. Eso es lo que se desprende de una somera confrontación de *Industrias y andanzas de Alfanhuí* y de *El Jarama*, por lo cual Juan Luis Alborg se refirió al novelista como un «Jano bifronte»¹. Rafael Sánchez Ferlosio parece optar por dos vías bien distintas, la libérrima imaginación, en el primero, frente al testimonio social, en el segundo. Además, y quizá por razones de historia de las ideas novelescas, éste cuenta con una nutrida bibliografía mientras que *Alfanhuí* ha obtenido una reducida resonancia crítica, ello a pesar de que en fecha bien temprana lo destaca Francisco Ynduráin en un panorama de tres lustros de prosa narrativa desde la guerra civil, en el que subrayaba cómo el autor «juega con la fantasía abierta a la pura maravilla inventiva»².

No han faltado críticos que hayan resaltado la enorme distancia estética que aleja ambos títulos, aunque otros insisten en los recursos comunes que los aproximan; para José Ortega, «un análisis de los elementos que intervinieron en su creación nos descubriría una gran semejanza entre los componentes formales de ambos relatos»³; según Darío Villanueva, son no pocas las coincidencias: preocupación por el estilo y la estructura; enfrentamiento de dos modos de vida, el rural y el urbano; general interés por lo nimio y presencia en *El Jarama* del destacado creador de imágenes de *Alfanhuí*⁴. García Viñó entiende que las dos únicas novelas de Sánchez Ferlosio «constituyen dos aspectos complementarios de la visión estética de un escritor excepcional [...]»⁵.

¹ Juan Luis Alborg, *Hora actual de la novela española*, Madrid, Taurus, 1958, vol. I, p. 305.

² Francisco Ynduráin, «Novelas y novelistas españoles. 1936-1952», *Rivista di Letterature moderne*, año III, n.º 4, oct-dic., 1952, p. 280.

³ José Ortega, «Recursos artísticos de Sánchez Ferlosio en *Alfanhuí*» *Cuadernos Hispanoamericanos*, 216, diciembre, 1967, p. 626. Entre esos elementos destaca Ortega la presencia de lo mágico y lo poético (aunque este último más oculto en *El Jarama*) y la mínima anécdota de ambos.

⁴ Darío Villanueva, «El Jarama» de Sánchez Ferlosio. Su estructura y significado, *Universidad de Santiago de Compostela*, 1973, pp. 44-45.

⁵ Manuel García Viñó, *Novela española actual*, Madrid, *Prensa española*, 1975, p. 133.

Alborg, en el temprano trabajo antes citado, dejó sentada esa radical diferencia entre ambos textos y habló de «los más opuestos polos», de «facetas enteramente irreductibles», de «contrarios rumbos»⁶ y llegó a escribir que *El Jarama* es la novela más opuesta que pueda concebirse al *Alfanhuí*⁷, pero la intuición del crítico le llevó a plantear alguna veta coincidente y constató que bajo la fantasía de éste «corre a la par un Guadiana de poderoso realismo»⁸. Lluís Bassets ha llevado a cabo, hace poco, una sugestiva lectura comparativa de ambos títulos, en la que tras advertir que, vistos de golpe, «son como el sol y la luna», precisa que, sin embargo, se puede hallar «un terreno común sorprendente no ya en los escenarios, que de una u otra forma son siempre castellanos, sino en la técnica y en la mirada del escritor sobre el mundo»⁹. *Alfanhuí* y *El Jarama* comparten todos esos elementos comunes, pero no creo que pueda hablarse, como hace Medardo Fraile, de una «obra unitaria», al menos en el grado en que lo propone este crítico y también creador¹⁰. A pesar de todas esas innegables concomitancias, pienso que hay que seguir defendiendo el abismo que los separa en su génesis y materialización, en la actitud literaria de Sánchez Ferlosio y en los resultados a los que condujo¹¹. Factor decisivo, desde mi punto de vista, y desatendido por la crítica, es la importancia que lo narrado tiene en cada uno de ellos; mientras que *El Jarama* ofrece unos sucesos que no tratan sino de reproducir una realidad exterior, *Alfanhuí* crea su propia realidad y se puede encontrar su razón última de ser en el gusto por forjarla a base de contar un buen número de historias, cualquiera que sea su calidad.

La libre imaginación

El eje argumental de *Alfanhuí*, ni más ni menos que el demorado acceso a la experiencia de un niño, está poblado de hechos fantásticos, de maravillosas presencias, de mil y una metamorfosis. Le sirve de marco narrativo, según han señalado ya algunos críticos, una estructura de viaje y de servicio que evoca inmediatamente el género picaresco¹². El recorrido viajero no es largo (de Alcalá de Henares a Guadalajara y

⁶ Alborg, ob. cit., p. 305.

⁷ Alborg, ob. cit., p. 311.

⁸ Alborg, ob. cit., p. 312.

⁹ Lluís Bassets, «De la Castilla maravillosa al Madrid posmoderno», *El País*, 3 de febrero de 1985.

¹⁰ Cf. Medardo Fraile, «El Henares, el Jarama y un bautizo. La obra unitaria de Rafael Sánchez Ferlosio», *Re-*

vista de Occidente, 122, mayo, 1973. En la p. 126 muestra Fraile su taxativa opinión: «su obra [de Sánchez Ferlosio], por desigual que pueda parecer, responde a personalidad unitaria y no bifronte». En general, todos los críticos han subrayado la importancia del contraste entre realismo e imaginación; véase, por ejemplo, el

amplio espacio que dedican a esta cuestión, con nutrido apoyo de referencias críticas, Shirley Clarke y Anthony M. Clarke en la «Introducción» de su edición anotada de *Alfanhuí*, London, Harrap, 1969.

¹¹ Sobre el conjunto de la obra narrativa de Sánchez Ferlosio, véase la completa monografía de Darío Vi-

llanueva, citada en n.º 4.

¹² Las relaciones de *Alfanhuí* con la picaresca son motivo de discrepancias entre la crítica. Nancy Allen destaca la singularidad del libro, el cual, sin embargo, se inserta en la tradición hispánica («*Alfanhuí* y su cartilla intacta», *Revista Hispánica Moderna*, n.º 30, 1960). María A. Salgado entiende

Madrid; luego una temporada en el campo, otra en Moraleja, en Extremadura y, por fin, Palencia) y pocos los «amos» a los que sirve (quizá fuera preferible decir con quienes convive). El modelo picaresco, además, es patente y muy explícito en la intencionada rotulación de los capítulos. La mayor particularidad en relación con ese modelo se halla —aparte del relato en tercera persona¹³— en el libre discurrir de la imaginación ya que no es probable que el joven autor de *Alfanhuí* tuviera en mente los raros ejemplares fantásticos que en ocasiones aparecen en la picaresca clásica. En cualquier caso, responde a un esquema de «Bildungsroman», que aúna el relato de búsqueda —el innominado protagonista del comienzo del libro halla después su onomatopéyico nombre— y el de aprendizaje.

Toda la historia de *Alfanhuí* tiene un aire de relato fantástico y a veces sus situaciones recuerdan los motivos folklóricos de tradición oral, en lo que, por otra parte, también se vincularía con la picaresca. Que lo que Sánchez Ferlosio ha querido dejar bien claro es un carácter es patente desde el sorprendente comienzo del libro con la historia del gallo de la veleta que «se bajó una noche de la casa y se fue a las piedras a cazar lagartos»¹⁴. No haré un recuerdo de episodios fabulosos, que supondría transcribir buena parte de la obra, y sólo señalaré algunos más llamativos: el castaño que se convierte en un «maravilloso arlequín vegetal» después de absorber tintas de colores (p. 55); el castaño injertado de pájaros (p. 60); el padre de doña Tere que llegó a Portugal tras el surco que araba (p. 11), la abuela de Alfanhuí que cada año incubaba huevos (p. 147).

Estos motivos aislados dan parcial buena prueba de la «imaginación irreprimida» —por decirlo con palabras Gonzalo Sobejano¹⁵— con que Sánchez Ferlosio planteó el relato y su deseo de romper moldes testimoniales; con acierto destacó Ynduráin que

que «no es otra cosa que una picaresca llevada al terreno poético» («Fantasía y realidad en Alfanhuí», *Papeles de Son Armadans*, n.º 116, noviembre, 1965, p. 142). Ignacio Soldevila Durante afirma que «El relato toma de la tradición picaresca su estructura narrativa» (La novela desde 1936, Madrid, Alhambra, 1980, p. 227). Mucho antes, por el contrario, Ángel del Río sostuvo que «De picaresca esta novela no tiene sino la juventud del protagonista, su vagar por España y el utilizarle como hilo conductor para unirlos diferentes episodios» (Historia de la literatura española, New York, ed. 1963,

p. 375). Ya a punto de concluir este artículo, se ha publicado un interesante libro de Antonio Risco que ofrece una sugestiva interpretación al entender Alfanhuí como una parodia del género picaresco (cf. «El elemento maravilloso en Industrias y andanzas de Alfanhuí, de Rafael Sánchez Ferlosio», en *Literatura y fantasía*, Madrid, Taurus, 1982, en especial p. 176); este es uno de los trabajos más completos sobre Alfanhuí. La polémica respecto del género de este curioso texto no acaba ahí, pues para otros es «libro realmente inclasificable» (José Corrales Egea, La novela española actual,

Madrid, Edicusa, 1971, p. 75), «no es un libro-fórmula sino un libro-excepción» (Alborg, ob. cit., p. 306) y tampoco le falta razón a Ramón de Garciasol al calificarlo, en su reseña de la primera aparición, como «bellísimo collar de cuentos» (Insula, 68, agosto, 1951).

¹³ Aunque Alfanhuí no está escrito en primera persona, dice Juan Benet que «Para mí que se trata de un relato autobiográfico, escrito en el penúltimo instante, antes de que el chico se perdiera para siempre de vista» (en el prólogo a la edición en la Biblioteca Básica Salvat, 1970, p. 11). Benet piensa que es la propia in-

fancia del autor la que éste relieves imaginativamente. Más explícita es la opinión coincidente de Dario Villanueva: se puede considerar «la autobiografía si acaso de la niñez de su mismo autor, que, en tercera persona, habla de sí mismo cuando era niño, cuando era «Alfanhuí», con la pretensión de agotar con su propia historia idealizada el tema universal del la pérdida de la inocencia infantil» (ob. cit., p. 42).

¹⁴ Cito por la sexta edición, Barcelona, Destino, 1978, p. 11. En adelante, indico entre paréntesis la página de esta edición.

¹⁵ Sobejano, p. 313.